



Texto 1. Seminario a cargo de Alex Merlo sobre Introducción a la economía marxista.

LA CRISIS DE LA ECONOMÍA DE MERCADO

Jesús Albarracín

(adaptación, síntesis y actualización de Daniel Albarracín)

2009

(e.o. 1994 -primera edición 1991- editada en Trotta)

I. LES MUEVE LA CODICIA:

LA ESTÁTICA DE LA ECONOMÍA DE MERCADO.

1. Las cosas valen el esfuerzo que cuesta producirlas: La teoría del valor y de la explotación.

En una sociedad desarrollada, todo el esfuerzo que realiza para reproducirse a si misma constituye el trabajo necesario y con él se obtiene el **producto necesario**. Pero la principal característica de la economía de mercado es que su objetivo principal no es producir bienes y servicios para satisfacer las necesidades humanas, sino mercancías para ser vendidas y obtener un beneficio.

Todo esfuerzo humano por encima del necesario constituye el trabajo excedente y con el se obtiene el **producto excedente**. Una parte del mismo puede destinarse a mejorar el nivel de vida de los trabajadores productivos; otra puede servir para sostener a los elementos no productivos de la sociedad (los servidores del estado, el ejército, etc), pero el resto serán materias primas, medios de producción, etc, que no estarán en manos del conjunto de la sociedad, sino de las personas a las que la «propiedad privada» reconoce este derecho. Una parte de este producto excedente la utilizarán en mantener un nivel de vida más alto que el de los productores, pero otra la acumularán para que el producto excedente sea mayor en el futuro.

En las sociedades actuales, una parte del trabajo necesario se dedica directamente a la satisfacción de las necesidades. Por un lado, los productos que los campesinos obtienen en sus huertas para su propio autoconsumo no han sido cultivados con el objetivo de venderlos en el mercado, sino de alimentarse, vestirse, etc ellos y sus familias. Por otro, los productos del trabajo doméstico están destinados a ser consumidos en el seno de la familia. Ambos constituyen el trabajo que se realiza fuera del mercado y su producto no se destina a la venta sino a satisfacer las necesidades de sus propios productores.

El resto del trabajo social se efectúa en los circuitos del *mercado*. Una parte será realizada por personas que venden los productos que fabrican o los servicios que prestan y con el importe de esta venta obtienen los ingresos necesarios para comprar las cosas o pagar los servicios que necesitan para vivir. Son los trabajadores autónomos, los artesanos, los campesinos, etc. El resto será realizado por personas que obtienen sus ingresos no de la venta de las cosas que producen, sino como pago a su trabajo. Son los asalariados. La característica fundamental, tanto de los primeros como de los segundos, es que el producto



del trabajo no es directamente utilizado por el que lo presta, esto es, no se dedica a satisfacer directamente las necesidades de ellos y de sus familias. Su objeto es producir cosas que se puedan vender en el mercado, es decir, producir mercancías.

La **mercancía** es un producto del trabajo humano que no ha sido creado para ser consumido inmediatamente, sino para ser cambiado en el mercado y obtener con ello un beneficio. Por tanto, para que una mercancía encuentre un comprador, debe tener una utilidad. Esta utilidad es su **valor de uso**. Pero las mercancías no se intercambian en el mercado según la utilidad que tienen (su valor de uso), sino según la cantidad de trabajo que ha costado producirlas (su valor de cambio). Lo que el mercado hace es intercambiar lo que de común tienen todas las mercancías: ser productos del trabajo humano en abstracto. Además, no es el trabajo que cuesta producir cada mercancía concreta, sino el socialmente necesario para producirla.

El **valor de cambio** de una mercancía está determinado por la cantidad de trabajo que cuesta producirla de forma que, en el mercado, cuando se intercambian dos de ellas, se esta intercambiando trabajo por trabajo según la cantidad que cada una de ellas lleve incorporado. Pero se intercambia trabajo abstracto, es decir, se hace abstracción de sus características específicas. El valor de cambio de una mercancía ha de estar determinado por el trabajo socialmente requerido para producirla, esto es, no por el número de horas empleadas en la producción de un objeto concreto, sino por el número de horas que se requieren para fabricarlo en las condiciones medias de productividad de esa sociedad en esa época.

Con el trabajo humano toda sociedad produce cosas que le sirven para satisfacer sus necesidades o, simplemente, para acumular para el futuro. Todas las cosas que se producen con trabajo humano deben tener una utilidad, es decir, un valor de uso, pero no todo lo que produce una sociedad tiene un valor de cambio, es decir, es una mercancía. Ello es así porque no todo el trabajo de la sociedad se dedica a la producción de mercancías. Tal es el caso del trabajo doméstico, que es la producción por la mujer en el seno de la familia de valores de uso que sin embargo no tienen un valor de cambio

Hablemos del dinero. La primera **función del dinero** consiste, pues, en proporcionar a las mercancías la expresión de su valor, esto es, en ser una *unidad de cuenta*. Desde la aparición del dinero ya no hace falta llevar una contabilidad explícita en términos de horas de trabajo para realizar el intercambio de las mercancías. Pero las mercancías no se vuelven medibles por obra del dinero, sino porque tienen un valor de cambio, es decir, porque llevan incorporado un determinado número de horas de trabajo. Además, el precio es una denominación dineraria del trabajo objetivado en una mercancía, pero de esto no se desprende que el precio sea necesariamente un exponente de la magnitud de su valor. La segunda función del dinero es ser un *medio de pago* generalmente aceptado. En tercer lugar, el dinero es también un *depósito de valor*, en la medida en que guardando oro se puede intercambiar por otras mercancías, que también tienen valor de cambio en el futuro.

Con el tiempo, la obligatoriedad de los bancos centrales de cambiar sus billetes por oro a los residentes de su propio país desapareció, de forma que esta vinculación directa con el oro se ha perdido completamente. Los precios (cantidades de oro en que idealmente se transforman los valores) se expresan ahora en denominaciones dinerarias o denominaciones de cuenta.

De esta forma, aunque no circule materialmente, el oro está representado por el papel moneda y, aunque quede oculto por la complejidad de la economía capitalista, indirectamente sigue siendo la mercancía en la que se expresan las relaciones de intercambio de todas las demás. **Si bien desde los años 70 esta puesta en relación ya no se**



realiza a priori sino a posteriori, porque las monedas se rigen por un sistema fiduciario y de no conversión en oro. En la actualidad, en las economías capitalistas desarrolladas, la mayor parte del dinero en circulación está constituido por depósitos bancarios. La aparición del dinero bancario (los depósitos en cuentas corrientes) complica las cosas, pero no cambia la naturaleza del dinero.

La **cantidad de dinero**, en billetes y depósitos en cuenta corriente, esta estrechamente relacionada con el volumen de papel moneda que haya puesto en circulación el Banco Central. Esta relación no es rígida, porque los poseedores de dinero pueden preferir no utilizarlo y mantener congelada su capacidad de compra, o no depositarlo en un banco, sino guardarlo en un cajón en su casa. De esta forma, la cantidad en que se multiplicaría el dinero puesto en circulación por el Banco Central en depósitos bancarios se alteraría. Además, los gobiernos pueden actuar sobre la multiplicación del dinero y del crédito, actuando, por ejemplo, sobre la proporción de cada depósito que los bancos no pueden prestar. Este es el terreno de actuación de la política monetaria.

La cantidad de dinero total esta relacionada también con los precios. Si, para una determinada producción de mercancías, el dinero total (en billetes y en depósitos bancarios) crece, los precios deberán aumentar (porque más cantidad de dinero debe hacer frente a una misma cantidad de mercancías), es decir, se desarrollara una inflación.

En la sociedad capitalista, el trabajador está obligado a vender su fuerza de trabajo (esto es, su capacidad de realizar un esfuerzo humano durante un espacio de tiempo) a cambio de un salario.

El **nivel de vida** de los trabajadores y sus familias está determinado por los valores de uso que se obtienen con el trabajo doméstico y por las mercancías que compra con el salario **obtenido a través de su empleo en el marco de la relación salarial.**

Los **medios de subsistencia** no deben interpretarse en un sentido estricto, esto es, como los imprescindibles para que el individuo y su familia vivan y se reproduzcan, sino en un sentido amplio: incluyen también mercancías o servicios que si bien no son necesarios para la supervivencia, si lo son desde un punto de vista histórico sociológico.

Pero la **fuerza de trabajo** no es una mercancía más: *es la única que es capaz de crear valor*, debido a que el valor que produce (que se mide por la duración del trabajo), es siempre superior a su propio valor (esto es, a lo que cuesta producir los medios de su subsistencia). La diferencia entre el valor producido por la fuerza de trabajo y su propio valor es la plusvalía.

La **plusvalía** es la fuente de los beneficios capitalistas y es extraída de la siguiente forma. El capitalista le paga al trabajador un salario que se corresponde con el valor de la fuerza de trabajo, esto es, con el valor de los medios de subsistencia que dicho trabajador necesita para subsistir él y su familia. La plusvalía es el excedente de horas de trabajo por encima de las que el trabajador necesita para producir sus medios de subsistencia que es apropiado por el capitalista.

El **valor de una mercancía**, que se mide por el número de horas de trabajo abstracto socialmente necesario para producirla, tiene varios componentes:

a) El número de horas de trabajo que se incorporan al valor de las mercancías con las materias primas, la utilización de la maquinaria, etc. En el total del valor de una mercancía hay que contar también las horas de trabajo que costó producir sus materias primas y las que se incorporan a través del desgaste de las máquinas que se utilizan en su producción. Es el *capital constante* (que llamaremos c).



b) El número de horas de trabajo que el trabajador ha utilizado directamente en la producción de la mercancía. Es el trabajo vivo que se incorpora al valor de la mercancía. Tiene dos componentes:

b.1) El *capital variable* (que vamos a llamar v), es decir, la parte de las horas de trabajo directo que es equivalente al valor de los medios de subsistencia que necesita el trabajador y su familia.

b.2) La *plusvalía* (que llamaremos p), que es la parte de las horas de trabajo directo que es apropiada por el capitalista.

Para llevar a cabo la producción, el capitalista deberá contar previamente con las materias primas y las máquinas y deberá adelantar el salario a los trabajadores con los que estos compraran sus medios de subsistencia. Es por esto por lo que estos dos componentes del valor se llaman capital constante y capital variable. Al final del proceso productivo, el capitalista tiene una mercancía cuyo valor es superior al capital utilizado en su producción (constante más variable), justo en la plusvalía. Así pues, el **valor de una mercancía** será, por tanto,

$$c + v + p$$

De la misma forma, el **valor total de la producción** de una empresa tendrá tres componentes: el valor de las materias primas y del desgaste de las máquinas utilizadas en la producción (capital constante), el valor de la fuerza de trabajo (capital variable) y la plusvalía.

1.1. Las cuentas de la sociedad.

El **producto nacional bruto** (PNB) sería el valor de todas las mercancías producidas por esa sociedad durante un período de tiempo y tendría varios componentes.

a) El **capital constante** (c), esto es, el valor que incorporan a todas las mercancías producidas las máquinas, las instalaciones industriales, etc, es decir, el **consumo de capital fijo** (C_F) que se produce en el proceso de producción durante el período, y las materias primas, etc que se utilizan en el mismo (c_M). La incorporación de estas últimas no crea ningún valor nuevo, pues el único que lo hace es el trabajo vivo, por lo que, para una mercancía o una empresa, el capital constante estaría formado por esos dos componentes, $c_F + c_M$. Pero una sociedad en su conjunto reproduce a lo largo del período las materias primas utilizadas (c_M) en la producción, y lo hace utilizando trabajo muerto (C_F) y trabajo vivo ($v + p$) que, como se ha visto, crea nuevo valor. Por tanto, para el conjunto de la sociedad, el capital constante (trabajo muerto) que se ha incorporado al valor de la producción es únicamente el consumo de capital fijo C_F . No se deben incluir las materias primas utilizadas, pues, la parte de su valor que incorpora la maquinaria con la que se producen esta incluida en c_F , y el nuevo valor creado al producirlas se incluye en el apartado siguiente.

b) El resto sería el valor nuevo creado por la fuerza de trabajo, que vamos a **denominar producto nacional neto** (PNN). Estaría formado por el capital variable (la parte del nuevo valor creado directamente por los trabajadores, que se les pagaría en forma de salarios) y la plusvalía (la parte expropiada por el conjunto de los capitalistas). El



producto nacional neto generaría unos ingresos a los individuos de la sociedad: salarios a los trabajadores y beneficios a los capitalistas. Su suma sería la **renta nacional (RN)**.

En suma, en el conjunto de la sociedad, las ecuaciones anteriores serían las siguientes:

Producto nacional bruto (PNB) = consumo de capital fijo (C_F) + Producto nacional neto (PNN)

Producto nacional neto (PNN) = Renta nacional (RN) = salarios o capital variable (v) + beneficios o plusvalía(p)

Producto nacional bruto (PNB) = salarios (v) + beneficios (p) + consumo de capital fijo (C_F)
= salarios (v) + Excedente bruto de explotación (EBE)

Finalmente, hay una última división del PNB que se refiere a la forma en se gastan los ingresos que genera. Las empresas se habrán quedado con una parte del mismo (el C_F) en capital constante utilizado en la producción. Los trabajadores habrán obtenido unos salarios con los que hacer frente sus gastos de consumo. Y los capitalistas habrán obtenido unos beneficios que podrán utilizar de varias formas posibles: una parte la consumirán improductivamente comprando mercancías de consumo (p'); otra la acumularán en forma de capital constante (máquinas, instalaciones industriales, aumento de las materias primas y productos terminados en sus almacenes, etc)(p_c) y variable (empleando más mano de obra en las nuevas instalaciones industriales)(p_v), con el objetivo de aumentar el valor de la producción y la masa de plusvalía en el futuro. El conjunto de estos gastos, cuya suma es igual al PNB, se podría agrupar en dos epígrafes diferentes:

Gastos de consumo = Consumo de los trabajadores (v) +
+ consumo del nuevo empleo generado por el aumento del capital variable (p_v)
+ consumo de los capitalistas (plusvalía consumida improductivamente) (p')

Gastos de inversión = Reposición del capital fijo consumido en la producción (C_F)
+ adquisición de nuevos medios de producción (p_c)

GNB = Gastos de consumo + Gastos de Inversión o Inversión Bruta (IB) =
Gastos de consumo + (plusvalía acumulada (p_c) + Consumo de capital fijo (C_F))

Para que todas las mercancías sean vendidas, esto es, para que el producto nacional bruto (PNB) sea igual al **gasto nacional bruto (GNB)**, se requiere:

a) Que la producción de mercancías de consumo sea igual a los gastos de consumo. Esto podría no ocurrir por una inadecuada planificación de la producción por parte de los empresarios.



b) Que la producción de medios de producción sea igual a la inversión bruta ($p_c + C_F$).

En la economía de mercado, los desequilibrios son la norma, pues es un sistema en el que las decisiones de producción se toman individualmente, mientras que la demanda la realiza el conjunto de la sociedad. En unos períodos, la demanda es menor que la producción, y se acumulan mercancías sin vender, lo que fuerza a los capitalistas a reducir la producción. En otros ocurre lo contrario, y se absorben las mercancías acumuladas en los almacenes, induciendo a los empresarios a acumular más para aumentar la producción. Es decir, el desarrollo del modo de producción capitalista no es lineal, sino que, a lo largo del mismo, se producen períodos de crisis y de auge que tienen por misión corregir los desajustes que lleva implícito su propio funcionamiento.

1.2. Conceptos a retener.

Para comprender la producción capitalista y el funcionamiento del mercado es preciso definir algunas variables fundamentales:

a) La tasa de explotación:

La tasa de explotación es el porcentaje que representan las horas de trabajo que expropia el capitalista respecto a las que el trabajador necesita para reproducir los medios de vida. La tasa de explotación, también llamada tasa de plusvalor, sería la relación entre p (trabajo excedente) y v (trabajo necesario para reproducir los medios de vida). Sería, por tanto:

$$\text{tasa de explotación} = \frac{p \text{ trabajo excedente}}{v \text{ trabajo necesario}} = \frac{\quad}{\quad}$$

b) La composición orgánica del capital:

Los capitalistas deben invertir en materias primas y máquinas (capital constante) y en salarios adelantados a los trabajadores (capital variable). La composición orgánica del capital es la proporción que existe entre los dos componentes del capital: el constante, c , y el variable, v ; puede medirse por tanto por la relación c/v .

La composición orgánica del capital es una variable fundamental, porque el aumento de la productividad del trabajo va ligado a que los trabajadores dispongan de más máquinas, esto es, que su producción se lleve a cabo con más capital constante. Normalmente, entre dos capitalistas que fabriquen la misma mercancía, los trabajadores empleados por el que disponga de una composición orgánica del capital más alta tendrán una productividad mayor y este capitalista tendrá una posibilidad mayor de obtener unos beneficios más altos.

Cabría decir, como nota apropiada a la etapa actual del capitalismo, que hay cierta contratendencia: la desinversión rentable. Es decir, sigue interesando incrementar la productividad para tener más margen para recabar más rentabilidad por unidad de inversión, aún a costa de reducir el monto total de capital invertido, y sólo haciéndolo en aquellas actividades con mayor tasa de rentabilidad, para abandonar la producción que no comporta ese nivel requerido.



c) La tasa de beneficio:

La relación que interesa a los capitalistas no es la tasa de explotación sino la tasa de beneficio, es decir, el porcentaje que representa la plusvalía del capital total invertido (constante más variable):

$$r = \frac{p}{c + v} = \frac{\text{plusvalía}}{\text{capital total}}$$

La relación que existe entre la tasa de explotación, la tasa de beneficio y la composición orgánica del capital se pone de manifiesto dividiendo el numerador y denominador de la tasa de beneficio por v:

$$r = \frac{(p/v)}{(c/v) + 1} = \frac{\text{tasa de explotación}}{\text{composición orgánica del capital más uno}}$$

Por tanto, la tasa de beneficio será siempre menor que la tasa de explotación. Se puede aumentar la tasa de beneficio aumentando la tasa de explotación (esto es, extrayendo más plusvalía a los trabajadores) o disminuyendo la composición orgánica del capital. La tasa de beneficio es una de las variables clave de la economía capitalista, porque de ella depende el ritmo al que se desarrolle la acumulación de capital.

(...)

2. Las crisis y las ondas largas.

La economía capitalista describe **ondas largas de acumulación** no mecánicas, y se produce un ciclo completo cada cierto número de años. La duración de estos movimientos periódicos no ha sido la misma a lo largo de la historia del capitalismo. Su gravedad y repercusiones sociales y políticas, tampoco. El desarrollo del capitalismo no es lineal, sino que en el mismo pueden distinguirse varios tipos de movimientos de naturaleza muy diferentes.

En primer lugar, conforme el modo de producción capitalista se ha desarrollado, se ha registrado un crecimiento del valor de la producción, de la acumulación y de la masa de beneficios, pero, desde su nacimiento, dicho crecimiento ha discurrido paralelamente a una tendencia hacia el descenso de la tasa de beneficio.

En segundo lugar, el descenso de la tasa de beneficio no es lineal, sino que lo hace describiendo movimientos de amplia duración, esto es, elevándose durante muchos años y cayendo durante otros. Estas oscilaciones a largo plazo de la tasa de beneficio determinan oscilaciones u ondas largas en la acumulación de capital, lo que afecta a la producción y a la economía en su conjunto. Dichas ondas tienen sus correspondientes fases de prosperidad y de depresión.

Finalmente, estas ondas largas no son los únicos ciclos que tiene la economía capitalista. Cada una de ellas, tanto en su fase de prosperidad como de depresión, esta recorrida por ciclos de menor duración (de siete a diez años), con sus correspondientes crisis y auges, que se conocen como «*crisis industriales periódicas*» y que tienen su origen en las situaciones de



sobreproducción que periódicamente genera la economía capitalista. Las características de estas «crisis periódicas» no son las mismas en las fases de prosperidad de la onda larga que en las de depresión. Durante la fase de depresión de la onda larga, las crisis son más duraderas y profundas y los auges más efímeros y contradictorios.

Así pues, los movimientos en la tasa de beneficio tienen su reflejo en oscilaciones en el crecimiento de la producción y de la acumulación. Pero la dinámica del capitalismo no se debe entender de una forma mecánica. En la misma, ocupa un lugar central la tasa de beneficio, pero este no es el único factor que la determina, hasta el punto de que las ondas largas constituyen fases históricas concretas del capitalismo que han sido muy diferentes unas de otras. De la misma manera, las crisis industriales periódicas se han registrado cada 7 a 10 años, como media, pero no han funcionado mecánicamente. Si bien, hay tres movimientos fundamentales en que se puede descomponer la dinámica del capitalismo (tendencia, ondas largas y crisis industriales periódicas), **aunque nada nos debe sustraer de una contextualización histórica de cada período y del papel que desempeñan los sujetos sociales de cada época.**

Los ciclos de corta duración, es decir, las **crisis industriales periódicas** tienen su causa fundamental en las dificultades que encuentra el capitalismo para vender sus mercancías y realizar la plusvalía. En efecto, a medida que se desarrolla la fase de auge, operan de forma creciente tres tipos de elementos. Primero, el aumento de la composición orgánica del capital que se produce con la acumulación durante la fase de auge. Segundo, el descenso de la tasa de explotación que produce el crecimiento de los salarios debido al aumento coyuntural de la demanda de trabajo que implica la acumulación y a las condiciones más favorables que crea el auge económico. Tercero, a medida que la capacidad de producción se desarrolla, la oferta de mercancías aumenta hasta que se hace mayor que la demanda y los precios tienden a bajar e incluso a hundirse. Esto significa que las empresas menos productivas no pueden realizar todo el valor de sus mercancías y muchas de ellas se verán obligadas a cerrar. Estos tres fenómenos (alza de C/v , baja de p/v y caída de precios) explican que se produzca un fuerte y brusco descenso de la tasa de beneficio media.

Pero, a la vez, la crisis crea las condiciones favorables para un nuevo aumento de la tasa de beneficio, creando las bases para un nuevo auge: desciende la composición orgánica del capital a causa de los cierres de fábricas y de la bajada del precio del capital constante y aumenta la tasa de explotación debido a un enorme ejército de reserva de mano de obra, lo que permite a los capitalistas presionar sobre el valor de los salarios reales y les da posibilidad de aumentar la duración y la intensidad de la jornada de trabajo.

Sin embargo, la salida de una crisis periódica no significa que la economía capitalista inicie una nueva fase ascendente a largo plazo, sino solamente un auge periódico de menor duración. Durante la fase ascendente de la onda larga, la acumulación masiva, y con ella una renovación tecnológica fundamental, se va realizando a través de estos auges periódicos, y las crisis juegan un papel corrector de este proceso. Pero, durante la fase descendente, los valores liberados en un solo ciclo periódico no son suficientes para inducir una acumulación masiva. Se necesita, pues, el capital liberado durante varios ciclos periódicos para que se produzca la acumulación que permitirá una nueva fase ascendente a largo plazo, pero esto, por sí solo no es suficiente. Se necesita además que se produzca una recuperación de la tasa de beneficio que haga posible una espiral duradera e intensa.



Pero también se producen ciclos de larga duración, que se denominan **ondas largas**. Durante la fase recesiva de la onda larga, cada crisis industrial periódica desvaloriza una parte del capital existente, el volumen total de plusvalía que obtienen el conjunto de los capitalistas es mayor que la acumulación, y no se dedican todos los fondos que se han obtenido con la explotación a inversiones en actividades productivas. Como consecuencia de la crisis, se libera una parte de capital, que permanece ocioso desde el punto de vista productivo porque no existe una rentabilidad suficiente que lo justifique. Estos fondos se materializan en dinero, en activos financieros o, simplemente, se utilizan para mejorar el endeudamiento de los capitalistas. En resumen, se van creando unos fondos susceptibles de emplearse en inversiones reales creadoras de plusvalía que, por el momento, no se materializan, pero que van generando una capacidad de expansión futura al capital.

Para que se inicie una fase expansiva de larga duración, se necesita:

a) Que se hayan liberado los fondos de capital suficientes como para que puede realizarse una acumulación masiva.

b) Si hay una rentabilidad suficiente. Si la recuperación de la tasa de beneficio que se produce como consecuencia de la crisis industrial periódica es pequeña, se generará un nuevo auge cíclico, pero no un período expansivo de larga duración.

Recordando que la **tasa de beneficio** es igual a la tasa de explotación dividida por la composición orgánica del capital más uno, los factores que pueden producir un aumento de la misma son los siguientes:

a) Una disminución de la *composición orgánica del capital*. Hay tres formas de reducir la composición orgánica del capital: la inversión masiva en zonas geográficas o sectores en los que es baja, la reducción del capital constante por caída del valor de las materias primas y la reducción del período de rotación del capital, por mejoras en el transporte, por ejemplo.

b) Un aumento de la *tasa de explotación*, mediante el aumento de la jornada de trabajo (plusvalía absoluta), el aumento de la productividad del mismo (plusvalía relativa) o la reducción del valor de la fuerza de trabajo por la vía de una reducción drástica de los salarios que lleve a una disminución de las mercancías a disposición de los trabajadores.

Durante las crisis industriales periódicas, el sistema capitalista genera por si mismo las condiciones para que se produzca una recuperación cíclica de la tasa de beneficio. Pero son factores coyunturales que no provocan un cambio cualitativo en el nivel de la tasa de beneficio. Para que ello ocurra, se necesita un factor externo al propio funcionamiento objetivo del sistema capitalista.

La aparición, o la creación de un nuevo mercado, puede ser ese factor externo que desencadene la acumulación masiva de los capitales ociosos. La extensión del modo de producción capitalista ha jugado en el pasado este papel. Cuando las metrópolis imperialistas desembarcaron en las colonias, no solamente explotaron a sus habitantes y se llevaron sus productos naturales, sino que, además, con su acción crearon nuevos mercados para sus productos. Al final de la II Guerra Mundial paso algo parecido. Por un lado, surgieron nuevas mercancías: fibras sintéticas, plásticos, productos derivados de la electrónica, etc. Estos productos venían a sustituir a otros antiguos y, por lo tanto, creaban su propio mercado. Por otro lado, continuó extendiéndose geográficamente el modo de producción capitalista hasta lo que es hoy: un conjunto de relaciones de producción capitalistas, semicapitalistas y postcapitalistas dominadas por el mercado capitalista. Pero esto jugó un papel más reducido, pues las metrópolis ya no dirigieron sus capitales a las



colonias, sino a otros países imperialistas, como consecuencia de la ampliación del mercado que significaba la Tercera Revolución Tecnológica.

Sin embargo, este factor no ha sido suficiente en ninguna de las ondas largas anteriores para producir una nueva fase expansiva de larga duración. En todas ellas, ha sido necesario además aumentar la tasa de explotación en las metrópolis imperialistas.

El paso de una fase expansiva a otra depresiva es endógeno. Algunos factores externos pueden contribuir al cambio de tendencia, pero los fundamentales están generados por el propio funcionamiento interno de la economía capitalista. En la fase depresiva no hay ningún factor interno en el funcionamiento del propio sistema capitalista que garantice que se producirá una nueva elevación de la tasa de beneficio.

Una elevación significativa de la misma depende de la tasa de explotación y ello solo puede hacerse si la lucha de clases lo permite. La aparición de un nuevo mercado que implique un descenso de la composición orgánica del capital no está garantizado por el propio funcionamiento del sistema. **Las revoluciones tecnológicas e industriales fundamentales sólo se desarrollan de manera aplicada en las fases de prosperidad y cualquier esperanza en la iniciativa innovadora del empresariado es una alusión voluntarista en medio de un sistema económico limitado por la lógica de la acumulación y el beneficio.** De esta forma, *la salida de una onda larga recesiva depende de la concurrencia de factores externos.* Es por esto por lo que, en las fases recesivas, la política económica y social para salir de la crisis adquiere una importancia decisiva. Dado que cada contexto histórico, social y político tiene sus características propias no se puede hacer ninguna extrapolación de lo que ocurrió en otras ondas largas a la salida de la actual fase recesiva. El análisis marxista nos facilita instrumentos poderosos para comprenderla y, consiguientemente, para actuar sobre ella. Pero no podemos utilizarlo como un tótem: nada nos ahorra el análisis concreto de la situación concreta.

3. La tercera edad de la economía de mercado: la onda larga del capitalismo tardío.

A partir de la Segunda Guerra Mundial y hasta el final de la década de los sesenta, el modo de producción capitalista conoció una larga **fase expansiva** determinada por la confluencia de dos procesos: el aumento de la tasa de beneficio, por un lado, y la ampliación del mercado a largo plazo que supuso la Tercera Revolución Tecnológica (con nuevos productos, como las fibras sintéticas y artificiales, los plásticos, la electrónica, etc), por otro. La debilidad y, en parte, la atomización de la clase obrera, provocadas a raíz de las sucesivas derrotas del proletariado tras el ascenso del fascismo y el término de la Segunda Guerra Mundial, permitieron una elevación formidable de la tasa de explotación en la mayoría de los países industriales. Esto indujo una extraordinaria elevación de la tasa de beneficio que favoreció considerablemente la acumulación de capital. Como consecuencia de esta evolución favorable, a partir de los años cincuenta se produjo un crecimiento de los salarios reales en la mayoría de los países industriales, lo que condujo a una situación de relativa estabilidad social.

Pero desde finales de la década de los sesenta pueden observarse todos los datos del paso a una nueva **fase de relativo estancamiento** de larga duración en la que todavía se encuentra. La economía occidental se ha situado en una onda larga depresiva, caracterizada por menores ritmos de crecimiento de la producción y de la acumulación. La causa fundamental de este cambio de tendencia, aunque no la única, es el descenso, **o al menos la**



resistencia al alza, que se ha registrado en la tasa de beneficio. La salida de la crisis exigía, pues, una política económica tendente a restaurar el nivel de la tasa de beneficio que existía antes de la misma. En consecuencia, en la mayoría de los países industriales, se puso en marcha una política de austeridad y ajuste con el objetivo de que dicha tasa se recuperara a costa de los salarios. Esta política comenzó a rendir sus frutos en 1980, año a partir del cual el crecimiento de los salarios reales comenzó a situarse por debajo de la productividad (lo que supone una pérdida de la participación de los salarios en la renta nacional y un aumento de la tasa de explotación). **Además, la recuperación de la tasa ha sido insuficiente, no sólo porque su nivel alcanzado no lo sea, sino porque se ha añadido en los últimos 20 años una hipertrofia financiera que ha reducido el margen estimulador de la rentabilidad respecto de la acumulación.**

A lo largo de la actual fase recesiva de larga duración se han producido ciclos de menor amplitud, que corresponden a *crisis industriales periódicas* ligadas a mercados saturados y crisis de sobreproducción, que se situaban ya en esa larga fase depresiva de la cuarta onda larga del capitalismo. Sin embargo, ni el estado actual del avance tecnológico ni los resultados que aporten los planes de investigación gubernamentales o de las grandes compañías, serán el elemento fundamental que saque a la economía capitalista de la fase recesiva de la onda larga en la que se encuentra. Como ocurriera en las ondas largas anteriores, ahora los avances tecnológicos no se transformaran en verdaderas revoluciones tecnológicas mientras no se apliquen masivamente, lo que requiere unos ritmos de acumulación muy superiores a los actuales. De momento, no estamos en presencia de una tecnología radicalmente nueva, que solo se podría implantar con una acumulación masiva, sino de inversiones para racionalizar la tecnología existente. Dicha acumulación masiva requiere un nivel de tasa de beneficio que todavía no existe y que las nuevas tecnologías, por si solas, son incapaces de generar.

En efecto, para producir la salida de la fase recesiva de la onda larga, las nuevas tecnologías deberían inducir una nueva oleada de inversiones innovadoras, esto es, deberían ser capaces de iniciar el proceso de la acumulación capitalista en espiral. No hay ningún dato que permita afirmar que ello se esté produciendo o vaya a realizarse en un próximo futuro.

En primer lugar, la acumulación masiva no depende solo de que se disponga de una tecnología nueva sino, lo que es más importante, de que se hayan liberado los recursos necesarios para que la misma pueda ser aplicada generalizadamente. Hasta el momento, esto no se ha producido y, por el contrario, son todavía muchos los sectores capitalistas que quedan por reestructurar. En este sentido, no son las nuevas tecnologías las que producirán una elevación de la tasa de beneficio, sino la elevación de la tasa de beneficio la que permitirá la aplicación generalizada de las nuevas tecnologías y, por lo tanto, la salida de la fase recesiva de la onda larga.

En segundo lugar, no está claro que las nuevas tecnologías supongan una elevación sustancial de la tasa de beneficio. En efecto, una tecnología nueva, aunque sea extraordinariamente rentable, deja obsoleto a parte del capital existente, por lo que los beneficios que debe producir deben ser mayores que las pérdidas que supone desechar ese capital. Además, la tecnología nueva es costosa y tiene grandes costes de mantenimiento.

En tercer lugar, subsiste un problema de sobreproducción que dificulta notablemente la acumulación masiva.

Por último, el avance tecnológico implica un aumento considerable de la composición orgánica del capital y, por lo tanto, un factor para el descenso de la tasa media de beneficio.



La aparición o la creación de un nuevo mercado tampoco puede ser el factor que desencadene la acumulación masiva de los capitales ociosos. El caso chino e indio, o de los países del este europeo, son demasiado dependientes de su exportación a los mercados de países centrales y aunque están generando una nueva demanda, no es suficientemente solvente ni de alta productividad, no es seguro que pueda comportar por sí mismo la salida necesaria para el capital, entre otras cosas porque las crisis golpean más allí que en el centro, aunque, desde luego, esto no puede ignorarse su importancia y el seguimiento de su situación.

Por consiguiente, a corto plazo, el capital no puede sortear la búsqueda de una solución de la crisis económica en su propia casa. Hemos visto que para que se produzca un aumento de la tasa de beneficio se requiere una disminución de la composición orgánica del capital o un aumento de la tasa de explotación y para que aquel sea fuerte, el concurso de ambos. Hay tres formas de reducir la composición orgánica del capital: la inversión masiva en zonas geográficas o sectores en los que es baja, la reducción del capital constante por caída del valor de las materias primas y la reducción del período de rotación del capital, por mejoras en el transporte, por ejemplo. Aunque hay zonas que puedan comportar nuevos mercados y posiblemente que la rotación del capital se haya acelerado, no parece que su intensidad sea todavía suficiente para generar un nuevo período expansivo.

El paso de una fase de depresión a otra de prosperidad depende de que la lucha de clases lo permita. Durante la actual fase de descenso, el capital debe reestructurar el aparato productivo, introducir nuevas tecnologías, desarrolladas durante la fase de prosperidad anterior, pero no incorporadas masivamente a la producción, y elevar la tasa de explotación. La relativa independencia de los factores subjetivos respecto a los objetivos, esto es, el hecho de que el nivel de conciencia y lucha de la clase obrera no depende determinísticamente de la evolución del modo de producción capitalista, se traduce hoy en que el proletariado tiene un papel activo en cuanto al futuro de las crisis y del sistema. El objetivo de la política económica y social es conseguir las condiciones de rentabilidad para salir, y lo harán, por tanto, en contra de los intereses de los y las trabajadoras.

Para acelerar el desgaste de los trabajadores y hacer posible su salida a la crisis económica, la clase dominante ha puesto en marcha la **política de austeridad**. Además, tanto las crisis periódicas como las ondas largas no vienen determinadas solamente por las relaciones entre las dos clases fundamentales, sino que se derivan también de la anarquía inherente al sistema, pues no existe un «intelectual colectivo del capitalismo», sino que la mayoría de las decisiones fundamentales sobre producción, acumulación, etc, se toman individualmente. En este contexto, aunque el estado burgués tiene como misión la defensa de los intereses colectivos del capital, esto es, la garantía de la explotación de los trabajadores y la armonización en lo posible de las decisiones individuales de los capitalistas, nunca lo consigue plenamente. Esto dificulta las cosas, pues internamente el capital también tiene contradicciones (en una crisis, los capitalistas menos competitivos y productivos deben desaparecer).

En última instancia, la austeridad pretende elevar la tasa de beneficio del sistema. Para ello debe elevar la tasa de explotación mediante la reducción del valor de reproducción de la fuerza de trabajo, esto es, del capital variable. Las medidas concretas con las que pretende conseguirlo son la reducción de los salarios reales de los trabajadores, la aparición de paro y el aumento del ejército de reserva, para presionar hacia abajo los salarios, y la reducción de los salarios indirectos, esto es, de las prestaciones de la seguridad social, de las pensiones, de los gastos sociales del estado (sanidad, enseñanza, etc).

La política de austeridad por si sola tiende a reducir fuertemente la demanda, pues la reducción de los salarios reales tiende a disminuir el consumo, agravando los efectos de las restricciones en los gastos del estado. Además, so pretexto de luchar contra la inflación, la



austeridad incluye también medidas restrictivas del crédito, que colocan a muchas empresas en una mala situación financiera.

Además, la austeridad coexiste con una verdadera ofensiva ideológica. Tal política se justifica en aras de los «intereses nacionales» que exige el sacrificio de los trabajadores para salir de la crisis, se insiste hasta la saciedad en que la mejor forma para luchar contra el paro es admitir la reducción de los salarios y el deterioro de las condiciones laborales, eufemísticamente llamado «flexibilización del mercado de trabajo», etc.

Quizá con la crisis inaugurada a fines de 2007 la política de austeridad se esté reconvirtiendo y sumándose a otra política de apropiación mediante el concurso directo de las políticas estatales de socialización de pérdidas, de rescate al sistema financiero y de sobrecarga sobre los y las trabajadoras, pero, en lo fundamental, la línea parece ser continuista con algunas correcciones keynesianas favorables al capital. AmaAma